

***[Carta a los comunistas de izquierda italianos, partidarios del
camarada Amadeo Bordiga]***

León Trotsky

25 de septiembre de 1929

(Tomado de *Escritos León Trotsky, Tomo I, Volumen 2 (4 agosto 1929 a 22 diciembre 1929)*, páginas 158-167 del formato pdf de nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma. Carta dirigida a los partidarios de Amadeo Bordiga.)

Estimados camaradas;

He leído el folleto *Plataforma de la Izquierda*, que ustedes publicaron en 1926 pero que sólo ahora llegó a mis manos. Asimismo, he leído la carta abierta que me dirigieron en el número 20 de *Prometeo* y algunos de los artículos de fondo de este periódico que me permiten refrescar, después de mucho tiempo, mi conocimiento regular del idioma italiano. Estos documentos, junto con la lectura de los artículos y discursos del camarada Bordiga¹, sin mencionar el hecho de que lo conozco personalmente, me permiten en cierta medida juzgar sus posiciones fundamentales y el grado de acuerdo que existe entre nosotros. Aunque la respuesta decisiva a este último interrogante la darán no sólo las tesis principistas sino también su aplicación política a los acontecimientos del momento (lo cual se puso de manifiesto con el conflicto sino-soviético), opino que nuestro acuerdo, al menos en las cuestiones básicas, es bastante amplio. Si no me expreso de manera más categórica en esta ocasión, se debe únicamente a que quiero dejar que el tiempo y los acontecimientos ratifiquen nuestra solidaridad ideológica y entendimiento mutuo. Espero que resulten totales y sólidos.

La *Plataforma de la Izquierda* (1926) me causó muy buena impresión. Creo que es uno de los mejores documentos publicados por la Oposición Internacional y en muchos aspectos sigue siendo válido hasta el día de hoy.

Es muy importante, sobre todo para Francia, el que la plataforma plantee el problema del carácter del partido, sus principios básicos de estrategia y táctica, como piedra angular de la política del proletariado. Hemos observado en los últimos años que para muchos revolucionarios franceses importantes, la Oposición sólo fue un peldaño en el camino de alejamiento del marxismo, de retroceso hacia el reformismo, el sindicalismo o el simple y llano escepticismo.

Ustedes conocen, desde luego, el folleto de Lorient², que reveló un desconocimiento total del *carácter del partido* y su función histórica en relación a la clase, y que cayó en la teoría de la pasividad sindical, la cual no tiene nada que ver con las ideas de la revolución proletaria. El folleto de Lorient, exponente directo de la reacción ideológica en el seno del movimiento obrero, aún se difunde, desgraciadamente, por el

¹ Amadeo Bordiga (1889-1970), uno de los principales dirigentes del PC italiano, fue la figura más destacada de la Fracción de Izquierda Italiana, conocida también como Grupo Prometeo por el periódico del mismo nombre. El régimen de Mussolini lo arrestó en 1926, y en 1929 cuando todavía no podía jugar un papel directo en su grupo, la [III] Internacional lo expulsó acusándolo de “trotskysta”. Los bordiguistas fueron el primer grupo italiano que adhirió a la Oposición de Izquierda, pero su sectarismo inveterado los separó a fines de 1932.

² Fernand Lorient (1870-1932), socialista francés que participo en la fundación del PC; en 1925 se hizo opositor y a fines de 1927 pasó a formar parte del Consejo de Redacción de *Contre le Courant*. Un año después rompió con el comunismo y se ligó al grupo *Revolution Proletarienne*.

grupo Revolution Prolétarienne. El descenso del nivel ideológico observado en los últimos cinco o seis años en el movimiento revolucionario no pasó sin dejar su huella en el grupo de Monatte. Después de haberse acercado al marxismo y al bolchevismo en 1917-1923, en los últimos años este grupo retrocedió al sindicalismo. Pero ya no es el sindicalismo combativo de los primeros años de este siglo, que significó un importante avance para el movimiento obrero francés. No, es más bien un sindicalismo contemporizador, pasivo y negativo, que cae cada vez con más frecuencia en el sindicalismo puro, hecho que no nos debe sorprender. Todo lo que había de progresivo en el sindicalismo de preguerra se unió al comunismo. Hoy en día, el alejamiento del comunismo revolucionario conduce invariablemente al sindicalismo. El principal problema de Monatte consiste en asumir *una actitud incorrecta hacia el partido*, unida al fetichismo del sindicalismo, al que visualiza como un fin en sí mismo, independientemente de sus ideas directrices. Sin embargo, aunque hoy se unifican ambas confederaciones obreras francesas y mañana enuclearán al conjunto de la clase obrera francesa, no desaparecería, ni por un instante, el problema de las ideas motrices de la lucha sindical y sus métodos, y el del vínculo entre las tareas parciales y generales, es decir, el problema del *partido*.

La Liga Sindicalista que dirige Monatte es un partido embrionario, que no selecciona a sus militantes según criterios sindicalistas sino ideológicos, sobre la base de una plataforma determinada, y trata de influir en los sindicatos desde afuera o, si se quiere, de “someterlos” a su influencia ideológica. Pero es un partido que no se organiza como tal ni tiene una forma definida, que carece de una teoría y un programa claros, que no es consciente de sí, que oculta su naturaleza y con ello se priva de la posibilidad de desarrollarse.

En su lucha contra el burocratismo y la deslealtad del aparato oficial de la Internacional Comunista, también Souvarine llegó, aunque por otra vía, a la negación de la actividad política y del propio partido. Proclama que la Internacional y su sección francesa están muertas, a la vez que considera innecesaria la existencia de la Oposición puesto que, según él, no existen las condiciones políticas necesarias. En otras palabras, niega la necesidad de que exista el partido (*en cualquier momento y circunstancia*) como expresión de los intereses revolucionarios del proletariado.

Por eso le doy tanta importancia a nuestra solidaridad en el problema del partido, su papel histórico, la continuidad de su actividad, su obligación de batallar por ejercer su influencia sobre todas y cada una de las formas del movimiento obrero. Un bolchevique, es decir, un marxista que pasó por la escuela de Lenin, no puede hacer la menor concesión al respecto.

En cuanto a una serie de cuestiones, la plataforma de 1926 hace observaciones excelentes que hoy siguen en vigencia.

Así, la plataforma afirma con toda claridad que los así llamados partidos campesinos independientes “caen invariablemente bajo la influencia de la contrarrevolución” (página 36). Se puede afirmar con audacia que en esta época no hay ni puede haber excepción alguna a esta regla. El campesinado, cuando no sigue al proletariado, sigue a la burguesía contra el proletariado. A pesar de la experiencia de Rusia y China, Rádek, Smilga y Preobrazhensky no lo comprendieron y tropezaron precisamente en este problema. La plataforma de ustedes critica a Rádek por sus “obvias concesiones a los nacionalistas alemanes”. Ahora es necesario agregar: concesiones absolutamente injustificables a los nacionalistas chinos, idealización del sunyatsenismo

y justificación del ingreso del partido comunista en un partido burgués. La plataforma señala con toda corrección (página 37), precisamente en relación con la lucha de los pueblos oprimidos, la necesidad de la independencia total de los partidos comunistas. La violación de esta regla fundamental provoca las más nefastas consecuencias, como lo hemos visto en la experiencia criminal de la subordinación del Partido Comunista de China al Kuomintang.

La política nefasta del Comité Anglo-Ruso, que naturalmente contó con el apoyo total de la actual dirección del Partido Comunista Italiano, surgió del deseo de pasar rápidamente del pequeño Partido Comunista Británico a los inmensos sindicatos. Zinóviev proclamó abiertamente esta idea ante el Quinto Congreso de la Comintern. Stalin, Bujarin y Tomsky fomentaron la misma ilusión. ¡Esto es lo que sucede cuando se juega con la idea del partido! Nadie puede jugar así impunemente.

En la república soviética presenciamos otra forma de debilitamiento y desintegración del partido comunista: para privarlo de su independencia y actividad se lo disuelve artificialmente en las masas, aterrorizadas por el aparato estatal. Es por eso que la Oposición, que selecciona y educa a los nuevos cuadros revolucionarios, es sangre de la sangre del Partido Bolchevique, mientras que la fracción de Stalin, que habla formalmente en nombre de un millón y medio de militantes del partido y dos millones de miembros de la Liga de Jóvenes Comunistas, en realidad socava y destruye al partido.

Observo con agrado, en base a la carta de *Prometeo*, que existe un acuerdo total entre ustedes y la Oposición rusa respecto del problema del carácter de clase del estado soviético. Es en este problema que los ultraizquierdistas, incluidos los italianos (ver *l'Ouvrier Communiste*, número 1) revelan con mayor claridad su ruptura con los fundamentos del marxismo. Para resolver el problema del carácter de clase de un régimen social, se limitan a definir la superestructura política, reducen a su vez esta cuestión al grado de burocratismo imperante en la administración y así sucesivamente. *Para ellos no existe el problema de la propiedad de los medios de producción.* Tanto en la Norteamérica democrática como en la Italia fascista, se encarcela, fusila o electrocuta a los hombres que se preparan para expropiar las fábricas, talleres y minas de los capitalistas. En la república soviética, hasta el día de hoy (¡bajo la burocracia estalinista!) fusilan a los ingenieros que tratan de preparar la devolución de las fábricas, talleres y minas a sus dueños anteriores. ¿Cómo es posible no ver esta diferencia fundamental, que determina el *carácter de clase de un orden social*? Pero no me extenderé más sobre un problema al que dediqué mi último trabajo (*La defensa de la república soviética y la Oposición*³), dirigido contra ciertos ultraizquierdistas franceses y alemanes que, por cierto, no llegan tan lejos como los sectarios italianos, pero que, precisamente por ello, pueden resultar más peligrosos.

Respecto del termidor, ustedes plantean la siguiente reserva: es incorrecto trazar una analogía entre la revolución rusa y la Gran Revolución Francesa. Creo que esta observación es fruto de un malentendido. Para juzgar si una analogía histórica es correcta o errónea es necesario definir claramente su contenido y sus límites. No trazar analogías con las revoluciones de épocas pasadas significaría simplemente rechazar la experiencia histórica de la humanidad. El presente siempre es distinto del pasado. Sin embargo, el único método que nos permite aprender del pasado es el de la analogía.

³ *Defensa de la república soviética y de la Oposición*, en nuestra serie OELT-EIS.

El notable trabajo de Engels sobre las guerras campesinas se levanta completamente sobre una analogía entre la Reforma del siglo XVI y la revolución de 1848⁴. Para forjar su concepción de la dictadura del proletariado, Marx puso su hierro al rojo en el horno de 1793. En 1903 Lenin definió al socialdemócrata revolucionario como un jacobino ligado al movimiento obrero de masas. Por aquella época polemiqué con Lenin, empleando el argumento académico de que el jacobinismo y el socialismo científico se apoyan en clases distintas y emplean métodos diferentes⁵. Desde luego, este argumento era, en sí, correcto. Pero Lenin de ninguna manera identificaba a los plebeyos de París con el proletariado moderno, ni a la teoría de Rousseau con la de Marx. Sólo agrupó los rasgos comunes de ambas revoluciones: las masas populares más oprimidas que no tienen nada que perder sino sus cadenas, las organizaciones más revolucionarias que descansan sobre las mismas y que, en la lucha contra las fuerzas de la vieja sociedad, instituyen la dictadura revolucionaria. ¿Fue coherente esta analogía? Totalmente. Desde el punto de vista histórico resultó muy útil. Dentro de los mismos límites, la analogía del termidor es legítima y útil.

¿Cuál era el rasgo característico del termidor francés? Que fue la primera etapa de la contrarrevolución triunfante. Después del termidor los jacobinos no hubieran podido reconquistar el poder (si es que existía alguna posibilidad de ello) sin una insurrección armada. De modo que la etapa del termidor fue, en cierto sentido, de carácter decisivo. Pero la contrarrevolución no había culminado, los amos de la situación aún no habían tomado el poder. Para que sucediera fue necesaria otra etapa: la del 18 brumario. Por fin, la contrarrevolución pudo alcanzar el triunfo definitivo, la restauración de la monarquía, la indemnización de los propietarios feudales, etcétera, mediante la intervención extranjera y la derrota de Napoleón.

En Hungría, tras un breve periodo soviético, la contrarrevolución triunfó de un solo golpe y exclusivamente por la fuerza de las armas⁶. ¿Está excluido ese peligro en la URSS? Por supuesto que no. Pero esa contrarrevolución abierta tendría que ser reconocida por todos. Sobran los comentarios. Cuando decimos termidor, nos referimos a esa contrarrevolución progresiva que se está gestando de manera encubierta y se cumple en varias etapas. La primera etapa, a la que llamamos condicionalmente termidor, sería la transferencia del poder a los nuevos propietarios “soviéticos”, respaldados por un sector del partido dominante, como ocurrió con los jacobinos. El poder de los nuevos propietarios, predominantemente pequeños, no podría durar mucho. Volvería la revolución, en circunstancias internacionales favorables, con la dictadura del proletariado, lo que implicaría, inexorablemente, el empleo de la fuerza revolucionaria; o culminaría la contrarrevolución con la victoria de la gran burguesía, el capital financiero, quizás hasta en una monarquía, lo que exigiría un vuelco complementario, quizás dos.

Ese es el contenido de mi comparación con el termidor. Naturalmente, si se transgreden los límites legítimos de la analogía, si uno se orienta según la mecánica superficial de los acontecimientos, los episodios dramáticos, la suerte de los individuos, no resulta difícil confundirse a sí mismo y a los demás. Pero si nos basamos en la

⁴ F. Engels, *La guerra de los campesinos en Alemania*, en nuestra serie *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)*.

⁵ *Nuestras tareas políticas*, en nuestras OELT-EIS.

⁶ El 21 de marzo de 1919, cuando el gobierno del conde Karolyi cedió voluntariamente el poder a los soviets, se proclamó la República Soviética Húngara; fue derrocada el 1 agosto de 1919 por las fuerzas contrarrevolucionarias de Francia y sus aliados.

mecánica de las relaciones de clase, la analogía no es menos aleccionadora que, por ejemplo, la comparación que trazó Engels entre la Reforma alemana y la revolución de 1848.

El otro día leí el primer número de *l'Ouvrier Communiste*, publicado aparentemente por un grupo de ultraizquierdistas italianos que se separó de su organización. A falta de otros elementos, este único número bastaría para demostrar que vivimos una época de gran decadencia y confusión ideológica, como siempre sucede luego de las grandes derrotas de la revolución. El grupo que publica este periódico parece haberse impuesto el objetivo de recopilar todos los errores del sindicalismo, el aventurerismo, la charlatanería de izquierda, el sectarismo y la confusión teórica ya superados, y coronar todo esto con una especie de irresponsabilidad infantil y un espíritu pendenciero ruidoso. Basta con leer dos columnas de la publicación para comprender por qué este grupo debió romper con la organización marxista de ustedes, aunque, por divertido que parezca, traten de escudarse detrás de Marx y Engels.

En cuanto a los líderes oficiales del partido italiano, sólo tuve oportunidad de observar en el Comité Ejecutivo de la Internacional [Comunista] a Ercoli⁷. Hombre de mente más bien elástica, suelto de lengua, Ercoli tiene todas las aptitudes para asumir, respecto de un tema dado, tanto el papel de procurador fiscal como el de abogado por la defensa y, en general, para seguir instrucciones.

La estéril casuística de sus discursos siempre apunta, en última instancia, a la defensa del oportunismo, y representa el polo opuesto del pensamiento revolucionario vivo, fornido, vigoroso de Amadeo Bordiga. A propósito, ¿no fue Ercoli el que trató de adaptar para Italia la idea de la “dictadura democrática del proletariado y el campesinado” con la consigna de Asamblea Republicana apoyada en “comités obreros y campesinos”?

Respecto de la URSS, la revolución china, la huelga general de Inglaterra, la insurrección en Polonia o la lucha contra el fascismo italiano, Ercoli, como los demás dirigentes del campo burocrático, mantuvo siempre una posición oportunista, a la que, llegada la ocasión, se pudiera rectificar mediante aventuras ultraizquierdistas. Aparentemente, hoy es el momento de aplicar esta última política.

Rodeados por los centristas de la calaña de Ercoli por un lado, y por los confusionistas de ultraizquierda por el otro, ustedes, camaradas, tienen el deber de defender, en las durísimas condiciones impuestas por la dictadura fascista, los intereses históricos del proletariado italiano e internacional. Les deseo éxito, de todo corazón.

Atentamente, León Trotsky

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

⁷ Ercoli, pseudónimo de Palmiro Togliatti (1893-1964), electo en 1922 para el comité central del nuevo PC italiano y en 1924 para el Comité Ejecutivo de la Internacional [Comunista]. En 1925 lo arrestaron en Italia y luego lo liberaron, se fue al extranjero y en 1926 fue promovido al Secretariado del Comité Ejecutivo de la Comintern. Encabezó las operaciones de la Internacional Comunista en España durante la guerra civil y en 1944 volvió a Italia, donde dirigió el PC hasta su muerte.